

este año, y sobre un mar de lapislázuli, azul sombrío veteado de oro por el sol, era admirable. Digo que el *Amstel Hotel* no puede competir con tal panorama. La codiciada bahía es mágica. Un arco triunfal cuya curva ciñe amorosamente una tierra paradisíaca.

\*\*\*

Pero—y vuelta a mi tema—todo ello no impide que gastemos treinta y tantas horas en lo que, directamente y por las antiguas trilladas carreteras de antaño, cualquier automóvil recorre en seis u ocho, descansando en el camino y almorzando los expedicionarios, cabe una fuente, como hicimos hace dos años, por más señas. Y yo creo que lo arduo de los viajes, la arterioesclerosis de las vías de comunicación es una de las causas de que en Galicia se haya desarrollado tanto el automovilismo. Viajar por aquí en tren es peor que viajar en camello hacia la Meca.

Y dan ganas de preguntar, ¿qué hicieron las camadas de hombres políticos, que en Galicia se han producido, demostrando asombrosa fertilidad el terruño para tal planta? ¿Qué trabajaron? ¿Qué siguen trabajando ya que aun hoy, muertos los que vemos alzarse desgarradamente en bronce en cada paseo, quedan vivos, y Dios les conserve la vida muchos años, los suficientes para tender una red de caminos como tienden redes de otro género? Eternízase aquí la construcción de los ferrocarriles secundarios, y transcurren años y años sin que adelanten un paso las mejoras. A Madrid pudiéramos ir en catorce horas, y tardamos veintidós o veinticuatro, desde la Coruña. Y no hay trazas de que se colme el vacío entre la Coruña y Santiago. La política anduvo en ello y alzó una muralla entre ambas ciudades.

\*\*\*

La primera condición para que los viajeros frecuenten una comarca, es la facilidad de las comunicaciones; la segunda, los hospedajes. No ha muchos días, leí un artículo juicioso de Balsa de la Vega sobre este punto concreto. De cierto no se puede esperar a transformaciones repentinas. Estas cosas son obra de tiempo. Yo añado que, en gran parte, va transformándose ya el hospedaje español. Existen hoy en Galicia algunos excelentes, y este balneario de Mondáriz, desde el cual escribo, ha sido una verdadera escuela cuyas enseñanzas han formado a los demás de la región. No quiero decir que precisamente hayan venido a cursar aquí, como a una Salamanca de la hospedería; lo que quiero significar, es que, hará unos veinte años, cuando el propietario de los manantiales, Enrique Peinado, empezaba a planear el establecimiento a la moderna que había de substituir a las viejas barraoas y casucas en que los agüistas se pasaban la temporada renegando, la región tampoco conocía más formas de buen hospedaje que las tradicionales de la casa de huéspedes en que se estaba «como de familia». ¡Oh! Y de estas clásicas, venerables posadas, no hablaré yo mal, ¡libreme Dios! He residido, en Santiago de Compostela, en una que era un portento, de la cual conservo los recuerdos más agradables. Allí se dormía entre sábanas bordadas de hilo, y bajo colchas de damasco rojo, de hábito de prelado; allí se comía como en la propia casa, las mejores piezas que al mercado salían, y la huéspeda, cariñosa, preguntaba, de víspera, ¡qué nos pedía el apetito! Allí se servía el chocolate en bandejas y salvillas de maciza plata, y nos alumbrábamos con los candelabros señoriales, de muchos brazos, de peso de varias libras... Y allí —recuerdo que me hace sonreír aún—nos presentaban cada día, al almuerzo como a la cena, cuando no a la merienda, una caja entera de mermelada de membrillo o ciruela «de las monjas», y cuando yo preguntaba qué hacían de tantas cajas empezadas apenas, me contestaba la buena señora, sencillamente: «Después de empezárlas ustedes, las acaban los estudiantes de arriba...»

Pero aquella posada, y otras quizás no tan típicas en su solidez y buen trato, se han acabado ya; quedan rezagos en vetustas ciudades, y lentamente desaparecen. En cambio, surgen los hoteles de sistema europeo, y algunos es fácil que hasta superen en lujo, al menos en cuanto a la edificación, a los más ponderados.

\*\*\*

Me lo decía ayer un portugués, un señor que ha sido representante de su país en Rusia, hasta la reciente fecha de la caída de la monarquía: ni en Alemania, ni en Francia, existe un establecimiento balneario del fuste del de Mondáriz. Hablo del actual, prescindiendo de otro, con carácter científico rigu-

roso, adelantado hasta la última palabra, que se halla en construcción y que superará a cuanto puede imaginarse en perfeccionamiento de higiene y refinamiento de mérito curativo: y conveníamos en que ni el comedor, ni la sala de fiestas, ni otros accesorios del balneario existente, inaugurado hará unos doce años, pueden ser fácilmente superados ni aun igualados, ya que para arriesgar tanto capital se necesita contar con la fama de unos manantiales muy célebres; y volvíamos a deplorar las malas comunicaciones, la situación topográfica, nuestra grande enemiga; porque todo el mundo, al salir de su casa, prefiere acercarse lo más posible a Francia y al resto de Europa, y no a las regiones de Finisterre, sin más salida que Portugal cada día más perturbado, menos tentador para los meros turistas sin opiniones políticas, y donde (extraño resurgimiento atávico), el nombre de español ha venido a ser, ni más ni menos que en el siglo XVII, como un estigma, como un despertador de odio. Todo el trabajo de conciliación entre ambas naciones peninsulares se ha perdido, y no se adivina si habrán de disiparse estas nubes, mostrándose de nuevo un espíritu de concordia, por encima de las miserias de banderías y furores políticos.

El reflejo de estos trastornos, de esta agitación, fué que apenas hubo colonia portuguesa en Mondáriz. No hemos visto a aquellos fidalgos envueltos en chales-manta o en largos guardapolvos de matiz de arcilla, que, serios y estirados, despachaban su vaso de agua con dignidad de gente que, fuera de su patria, aspira a dar de ella idea óptima; ni aquellas lusitanas morenuchas, a quienes no se podía achacar sino una afición inexplicable a las telas color café, nuez, aceituna, verde lagarto y otros medios tonos muy poco favorables a la tez oscura. Fuera de esto, que más bien atañe a los caprichos estéticos de cada cual, la colonia portuguesa era en extremo recomendable, amable, fina, animada y discreta. Constituía, seguramente, un tercio de la clientela de Mondáriz, y no escatimaba elogios a cuantas cosas buenas hay en esta tierra, que ganará tanto más, cuanto más se la conozca.

\*\*\*

Sus mismos hijos ignoramos, a veces, lo mejor de por aquí. En Santiago de Compostela existe una casa de salud para dementes, el manicomio de Corrojo, que es sencillamente una maravilla. No cede el paso a los celebrados sanatorios de Alemania. Los enfermos disfrutan de un parque dilatado y fértil, cuyo cercado mide kilómetros de extensión. Árboles añosos y jardines y estanques en que no hay medio de ahogarse, aunque uno se lo propusiese, aseguran a los enfermos el paseo y el recreo al aire libre, y habitaciones espaciosas, altas de techo, amuebladas con singular cuidado para la comodidad sin peligros, completan la instalación. Baños, hidroterapia, todo corre parejas. El cariño y la humanidad más grande acompañan a las ventajosas condiciones, que hacen que este benéfico establecimiento sea honra de nuestra patria. Y, lo repito, varios gallegos lo ignorábamos, hasta que especiales circunstancias nos lo han hecho aprender. No era que no supiésemos que el manicomio existía; pero no sospechábamos el lugar que le correspondiese entre los de Europa. Y apenas nos atrevíamos a afirmar que está en primera línea, si no nos lo garantizasen exactas referencias. Porque se duda del bien propio, cuando se tiene el hábito de creerse atrasado, y es sorpresa ver, al lado de importantes adelantos como representan estos balnearios y manicomios, mucho que pertenece a lo que ya Góngora estigmatizó, al hablar de las «posadas de madera» de Galicia.

\*\*\*

En la transformación que ha de sufrir esta comarca llena de encantos y atractivos y que sólo necesita hacerlos valer y que haya quien los mire, a Santiago de Compostela corresponde un papel nada secundario: el de centro científico, en competencia con los de Alemania y Suiza, donde se saca tanto partido de estas industrias útiles a la especie humana. Lo reclaman las tradiciones de su gran Facultad de Medicina, sostenidas hoy por doctores de merecida fama, de iniciativas, jóvenes y animosos. Alguno proyecta crear un gran sanatorio y clínica operatoria, pero no creo que a eso se limite. Santiago debe ser, en España, la Meca de la medicina moderna. Los astros parecen estar, para tal resultado, en favorable conjunción, y la enorme riqueza hidrográfica de Galicia puede contribuir a que el milagro se realice en breve.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se viaja por Galicia, no se sabe cuál es la impresión predominante: si la magia de la naturaleza, o la de la dificultad inmensa de las comunicaciones.

Creo, sin dejarme influir por el cariño regional, que no existe en España nada más bello que estas cuatro provincias, tan variadas, además, en sus aspectos; pero también afirmaré que en pocos sitios del mundo será tan difícil viajar.

Ved, por ejemplo, lo que hay que hacer para trasladarse a este magnífico balneario de Mondáriz, desde la Coruña; una distancia total de ciento setenta y tantos kilómetros.

O se viene por Monforte, y a causa de la falta de enlace de los trenes se pasa la noche en el camino, después de un trayecto en ferrocarril que dura largas horas, o se emprende la excursión por Santiago, y entonces, ante todo, el recorrido de la capital a la ciudad metropolitana, en automóvil de línea; luego, trasladarse del paradero del automóvil a la estación, en un coche, pues la estación de Santiago o, mejor dicho, de Cornes, se encuentra distante del pueblo «la carrerina de un can», tomar después el «West Railway Galicia Company Limited», o sea la chocolatera indecorosa que lleva este enfático nombre, y que, por tolerancias imposibles de explicar, se ríe de las disposiciones vigentes, no lleva timbres de alarma, disfruta de un material antidiluviano, va siempre a paso de tortuga, y llega con retrasos fantásticos de una y dos horas en el corto recorrido. Y, entre paréntesis: el tal *Railway* es un argumento fortísimo para los que hacen consistir el patriotismo en sostener que España está a la misma altura que cualquier país extranjero, o, más bien, que los países extranjeros andan sobre poco más o menos como España: ¿Ven ustedes?—suelen decir—. Pues éste es un ferrocarril inglés..., ¡y qué deficiencias las suyas! Peor que ninguno de aquí... Sin observar que no son solamente los franceses, sino también los británicos, los que trabajan de un modo especial «pour l'Espagne et le Maroc...»

\*\*\*

Fuera ya de un tren tan sorprendente, se puede dormir en Vigo, y es lo que yo aconsejaría, porque en Vigo existen hoy hoteles de primera, y tengo reciente la grata impresión del *Continental*, un primor de confort y de trato a la moderna, con un comedor que me ha recordado el del *Amstel Hotel*, en Amsterdam, por la vista que disfruta, que si en la Venecia del Norte se goza más de cerca, en Vigo es mucho más grandiosa. Cuando nos sentábamos a desmenuar un almuerzo apetitoso, con preludio de mariscos de la costa, los cangrejos, los *berberechos*, las quisquillas, entraba majestuosamente en bahía un gran transatlántico, el *Cap Finisterre*, y atracaban a sus costados innumerables botecitos, mientras que, tras las acacias que se alinean sobre el muelle, veíamos el desfile apresurado de las innúmeras muletas y baúles de los emigrantes que pronto se guarecerían en las entrañas del hermoso navío, para salir en busca de tierras donde los tributos no hagan la vida imposible... El espectáculo, bajo un cielo claro y puro que pocas veces hemos contemplado